

# C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

## la celebridad y las finanzas

**N**O ocurre en Francia como en España, donde buena parte de los actores, en cuanto triunfan, se dedican a «far niente» en una villa de Torremolinos, adquirida para la propia publicidad y para los ocios. Los actores y actrices de cine más cotizados en el mercado son, allí, suficientemente sagaces para respaldar y acrecentar su fortuna en interesantes inversiones. Según nos informa un periódico, los intérpretes mejor pagados del cine francés son: Brigitte Bardot, Jean Gabin y Fernandel, los cuales cobran cifras que oscilan entre los quinientos y los seiscientos mil nuevos francos, es decir, de seis a siete millones de pesetas por película. Pero además, esos tres intérpretes acostumbran a tener participación en los beneficios de los films interpretados por ellos, cifra que algunas veces supera a la del contrato inicial.

Todos ellos han sabido administrar con destreza su fortuna. Brigitte Bardot es dueña de una red de restaurantes; Jean Gabin posee granjas agrícolas y Fernandel unos cuantos inmuebles. El sistema de vida de esos actores es sistemático y ordenado. La debatida Brigitte Bardot resulta mucho más buena chica de lo que se sospecha de ella a través de las indiscreciones y de las gacetillas. Gasta relativamente poco en modistería, pues vive en casa de su madre, que como es sabido, es dueña de un taller de alta costura. Además de su piso parisino, la rubia más célebre del mundo, posee una granja en Cagnes. Su único exceso económico ha sido la adquisición de su famoso yate de dos motores, con 235 caballos de fuerza, que le sirve para evadirse por mar.

Las granjas de Jean Gabin producen a su dueño un gran rendimiento. Como es sabido, sus colonos iniciaron una sublevación por considerar a Jean Gabin un propietario improductivo. Lo cierto es que Gabin se ocupa mucho de sus granjas; vende ganado, trigo y huevos. Posee en la actualidad cerca de doscientas hectáreas de buena tierra, más de quinientas vacas y modernísimo utillaje agrícola americano.

Detrás de esos tres grandes —en el sentido económico—, del cine francés, vienen Michèle Morgan y Danielle Darrieux, con emolumentos de trescientos cincuenta mil nuevos francos por película. También esas dos damas son muy ordenadas y sagaces en la administración, y ambas poseen una gran fortuna.

Francia desmiente, pues, a lo que vemos, la leyenda negra del cine, que unos cuantos casos recientes han subrayado en Hollywood. No se ha dado en Francia el caso de las vampas de otros tiempos venidas a menos. No se repite aquí el asombroso caso de Mickey Rooney o el de Jackie Coogan; a ambos les hemos visto en las revistas ilustradas hundidos en la «debaque» económica. Por lo visto, no existe en Francia la sangría económica que en los Estados Unidos representan, en ciertos ambientes, los divorcios y las drogas. Las finanzas y el calucide son en Francia perfectamente compatibles.

El declive de los artistas no siempre es trágico. Veamos la extraordinaria estampa de felicidad burguesa que nos ofrece Charles Chaplin, en su villa de Versoix. Nosotros estuvimos hace un par de años en esa villa, a visitarle. Llovía a cántaros y el viejo Chaplin —viejo por la edad, que no por el porte y por su actitud vital— se excusó, a través de una secretaria, de no poder recibirnos a causa de un resfriado que le impedía moverse de una

habitación caldeada. Lo vimos a través de un ventanal, enfundado en un batín crem, gallardo y expresivo, rodeado de algunos de sus chevaux. No era él la estampa del cómico de la legua, precisamente, sino la de un respetable y maduro financiero que se retira a tiempo. Un viento de prosperidad y de confort peinaba los grandes chopos del parque, que dan sombra a la señorial mansión.

No ha sido así con todas las figuras que otrora ocuparon un primer plano de la actualidad. Nos cuenta ahora Angel Zúñiga, casi confidencialmente, mientras almorzamos, algunos pormenores de la vida de Raquel Meller relacionados con su economía. Y nos asombra pensar que esa admirable mujer, por cuyas manos pasaron verdaderas

## las paredes y la función del arte

No quisiéramos meternos a debatir el arte abstracto, que bastantes detractores y bastantes exégetas tiene, sin necesidad de que nosotros vayamos a tejer en ello. Pero ciertas noticias merecen comentario. Y aunque no se refieran al arte puramente abstracto, pueden relacionarse algunas de ellas con la debatida cuestión.

El ministro francés y gran escritor André Malraux ha propuesto que las pinturas ornamentales del interior de la Ópera de París, obra de Lenepveu —que fue director de la Academia de Francia en Roma en tiempos de la construcción del edificio y que corresponden, pues, al estilo de la época de la emperatriz Eugenia—, sean sustituidas por otras, atrevidas y recentísimas, de Chagall. Revolución pictórica y ornamental que está levantando una polvareda polémica en toda Francia. Algún día ha propuesto en seguida, con tono burlesco, que se encomiende a Picasso una nueva decoración de los palacios de Versalles.

Un amigo nuestro, muy entendido en cosas de arte y muy agudo en sus percepciones, considera clara la filiación de los nuevos medios artísticos expresivos. Nos decía que es inútil comparar el arte figurativo tradicional con el arte abstracto. Uno y otro son incomparables por la sencilla razón de que el primero es un alarde y un lujo ornamental en sí mismo, mientras el arte abstracto es simplemente un arte aplicado, que depende de la función que ejerce en su contorno. Nos parece acertada la discriminación. Sería inútil y grotesco sustituir los murales y las pinturas de Versalles por telas de Picasso. El develador fortuito de «Las Meninas» ha llegado a una clara situación: lo que se propone es destruir los palacios; no decorarlos.

¿Y qué haríamos con las pinturas de Chagall incrustadas en los salones y en el «foyer» de la Ópera? Aquella suntuosa sala, ornada en cada plafón con las imperiales iniciales «N» y «E», repele la grafía cromatística desmesurada e inefable de Max Chagall. Esa, en cambio, es propia de un salón-comedor en Manhattan, rodeado de cristales, por donde se transparente en la noche el estallido luminoso de los mil neones. Cada muro merece su tratamiento y no nos estorba, en una amplia sala funcional, en que la luz entre a chorros por las cristalerías, el manchón petulante de un abstracto, que ponga un punto de

ras fortunas, haya muerto prácticamente sin un céntimo. Nunca dio ella valor al dinero, pero no porque lo gastara inútilmente, sino porque le hastiaba y hasta le repugnaba su manejo. Nos dice Zúñiga que todo lo que Raquel poseía lo fue regalando a lo largo de su vida. Era en ella como un supuesto voto de pobreza no formulado. En cierta ocasión, regaló a una amiga suya una casa, simplemente porque le hubiera parecido indelicado venderse. «La gente va a creer, si la vendo, que no tengo dinero», se decía. Regalaba todo lo suyo: joyas, trajes, recuerdos valiosos de su gloriosa juventud. Jamás vendía ni compraba nada. Para ella, la economía era un trueque de amistad.

irracional fantasía al conjunto decorativo demasiado lineal y sobrio.

Cada época tiene su pincel, o por lo menos, esto ocurriría así hasta ahora. El incomprendido Cézanne cruzaba entre befas de los chiquillos las calles de Aix-en-Provence para llegar a su estudio con la manzana, la botella y el mantel de la casa de huéspedes donde residía. No tenía otra cosa que pintar y aquellos modelos ocasionales fueron luego repintados por toda la juventud, cuyos posos y sensibilidad él removió inconscientemente. «No pinto esa manzana», diría, «sino que la amo». A partir de entonces, según la frase de un ilustre pintor de hoy, «la botella y la manzana han destruido a la batalla». Hay, paradójicamente, como una añoranza de los grandes temas y de la ilusión de la gran pintura en la sistemática destrucción de hoy.

Nos preguntamos si la época de los hallazgos cosmonáuticos y de la desintegración del átomo, si la época de Hiroshima y de Bikini y de los fulminantes cohetes espaciales tienen su representación ideal en el arte que hoy se hace. Goya fue el pintor de la Corte cuando ésta se iba corrompiendo y Velázquez se adhiere al mundo de los Austrias de manera que no acertamos a separar ese mundo de la portentosa representación que obtuvo en el Maestro. Pero, ¿qué relación tiene nuestra época con sus ocasionales intérpretes de hoy? Pensamos a menudo que no se trata de interpretar una época, sino simplemente de traccionarla.

Tal vez estamos en vísperas de una radical transformación de nuestro modo de ver las cosas, o mejor dicho, de nuestro modo actual de no verlas de ningún modo. Los gravísimos sucesos y adelantos que en todos los órdenes nos sorprenden hoy, día a día, bien merecerá el nacimiento de un nuevo Rafael, de un Miguel Ángel a la altura del tiempo. Pero cuando nazca ese supuesto genio capaz de concentrar en una obra perdurable todo el mundo de hoy, ¿nos daremos cuenta de que existe? ¿No le obligaremos, acaso, a copia de insinuaciones de marchand sin escrúpulo, a destruir en su nimen antes de que asome la filiación clásica de las figuras? ¿No le exigiremos que desfibre y destruya la sustancia del mundo, para que nos haga, sencillamente, sobre la pared, un borrón enigmático? ¿Qué sería hoy de Rafael si existiera? ¿Qué es lo que al genio le exigirían los negociantes y los marchands?